

Berthold Lubetkin

**Conferencia en la Escuela de Arquitectura de Barcelona
25 de abril de 1989**

creamos están condicionados por la estructura del mundo en el que creemos.

Puedo creer que en algún lugar haya arquitectos inocentes, pero no sé de ninguna arquitectura que sea inocente.

Esto es lo que me confunde en las recientes manifestaciones de la Primer Ministro británica, que sostiene que no existe algo llamado sociedad, sino tan sólo una reunión de individuos que llevan adelante sus vidas por caminos independientes. ¿No se da cuenta de lo imposible que es el concepto de un hombre criado fuera de la sociedad?. No sería capaz de leer o hablar, dado que éstos son dones sociales. Se arrastraría por todas partes, escondiéndose en las sombras, y probablemente habría que dispararle porque interferiría con las señales de tráfico, que no podría comprender.

Así pues estamos rodeados por todas partes de "sobrecogedora originalidad" -enorme, complicada y chillona arquitectura que transforma el sentido de orden y de necesidad en bufonería. Es la clase de fanfarria apropiada para una época de apariencias, falsas pretensiones y eufemismos, y de este modo refleja fielmente la sociedad que la ha originado. Si la verdad es incomprensible entonces lo incomprensible tiene que ser cierto.

Realmente, ¿cuál es el equivalente visual de un mundo que permite que cuarenta mil niños mueran cada día mientras los Estados Unidos gastan veintiocho millones de dólares *a la hora* en armamentos?.

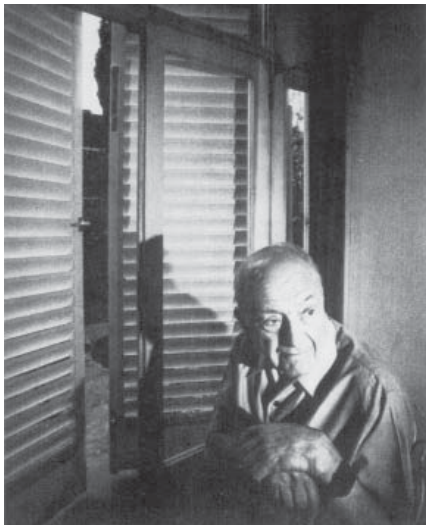
No es sorprendente que la arquitectura que da realidad a nuestra época aparezca como un chabacano, rancio y fantasmal juego de formas esforzándose en delinear el perfil de una completa esterilidad mental.

En las brumas de la confusión mental, uno se da cuenta de un espíritu de desintegración que lo invade todo, a pesar de toda la frivolidad forzada y de las sorpresas trabajosamente amañadas.

En este punto permítanme afirmar, tan claramente como pueda, que no abogo por una rendición al determinismo, ni por un estado mental pasivo que crea en la "férrea necesidad de los acontecimientos futuros" y en que lo único que podemos hacer es aceptar el inevitablemente predeterminado estado de cosas.

"Los hombres no están determinados cuando los mueve el conocimiento".

Creo que de cualquier modo que una persona decida actuar, su actividad seguirá siendo inútil a menos que sintonice con las necesidades históricas, y



La afirmación de que la arquitectura es un arte social es evidente por sí misma y apenas necesita elaboración. La totalidad del drama social se muestra y es reflejado ante un fondo de arquitectura.

Tanto las más humildes como las más imponentes obras de arquitectura tienen un efecto duradero sobre la sociedad. La arquitectura crea el entorno afirmándose a sí misma contra el caos, y haciéndolo expresa el auténtico ethos de su tiempo, así como sus cambios y transformaciones.

Algunos historiadores del arte sostienen que los arquitectos crean su propio entramado de relaciones y que el único significado que el arte posee es el que le atribuye la libre decisión del individuo, y que por lo tanto el acto creativo se realiza en total aislamiento.

Si aceptamos que éste es un tema que implica solamente la elección y la apreciación individuales, entonces debemos en buena lógica abandonar todos los intentos de formular juicios de valor objetivos, es decir, decidir en principio qué es bueno o malo, qué es feo o bello, descartando estas ideas como carentes de significado o irrelevantes según las circunstancias.

En una sociedad gobernada por el dinero sólo el mercado juzga si el producto es bueno o malo, y esto explica por qué vivimos en un torbellino de publicidad y sensacionalismo sin restricciones, que produce sólidas banalidades envueltas en enfáticas ambigüedades que estimulan la respuesta del mercado. El problema es que en el siglo XVIII el valor del mercado dependía de la necesidad, mientras que hoy está manipulado por cárteles internacionales y asociaciones comerciales. Como dice Spinoza "no deseamos una cosa porque es buena, sino que es buena porque la deseamos".

A veces es difícil decidir si estamos produciendo objetos para sujetos o, por el contrario, nos esforzamos en producir sujetos para objetos.

La gente rechaza la validez de la historia argumentando que, mientras que el presente es insostenible, el pasado es irrelevante y el futuro puede no llegar nunca. Pero la aproximación histórica parece ser más fructífera, ya que sigue la opinión de Worringer de que si el arte es algo más que una mera manipulación inteligente es inconcebible que la gente presente una apariencia diferente en el arte de la que ofrece en el resto de actividades intelectuales.

El conflicto de estilos, como el de las doctrinas filosóficas, es el reflejo de cambios profundos en la constitución espiritual de la humanidad. Para mí, el arte es tan solo un indicador de la conciencia social, un modo de dar testimonio de experiencias sociales, y en virtud de su anticipación crea un trasfondo apropiado para la actividad humana.

Todo diseño o *pattern* es un intento de dar cuenta de la diversidad vista como orden. Dado que el arte está determinado socialmente, la manera en la que los componentes están unidos refleja, queramos o no, las preferencias del momento, los prejuicios y las convenciones, puesto que los espacios que

2. Lubetkin durante su visita a Barcelona en 1989, acompañado por su enfermera personal, por Stephen Holl (a la derecha) y Jordi Ros.

y desconcertar, en vez de clarificar y orientar.

Es parte del miedo generalizado a descubrir demasiadas cosas en una civilización cansada que ya no puede hacer frente a sus problemas. El culto a la sinrazón paraliza el entendimiento y la acción. Destruye toda la diferencia entre la reflexión pasiva de la realidad y la capacidad de dar forma activamente a una nueva civilización.

La gente indolente con intereses creados en la confusión rechaza el pensamiento racional por miedo a descubrir demasiado, porque la razón lleva al conocimiento, y el conocimiento descubre los errores y hace ver la necesidad de cambios más grandes.

Por eso, contra la autonomía del azar, la casualidad del accidente, la tiranía del capricho, el espejismo de la subjetividad, nosotros estamos en contra de las convenciones vacías y en contra de las mentiras deliberadas y las simulaciones.

Si la razón es desacreditada, si todo es infructuoso, ilegible y accidental, el pensamiento es impotente, y la piedra filosofal se encontrará sólo en el ojo de un hombre loco (André Breton). De esta manera nos absolvemos a nosotros mismos de cualquier obligación de esforzarnos por cambiar las cosas mientras mantenemos intacto nuestro sentido de la virtud.

Las discusiones de la razón, las conclusiones y veredictos, se pueden establecer en términos claros y geométricos. El trabajo analítico hecho tiene que ser apreciado, y la geometría no sólo lo afirma, sino que lo prueba y lo confirma.

El arte es la habilidad de captar en un único acto de visión las relaciones que cumplen los términos matemáticos. La pura austeridad y elocuencia de las regularidades geométricas afirman la habilidad del hombre para explicar, predecir y controlar su entorno.

Esta es la razón por la que la arquitectura del siglo XIX nos parece tan espantosa. Nosotros dejamos sorprendidos a los mojigatos lanzando, sobre este fondo espantoso, una vigorosa y geométrica propuesta formal que reflejaba el ethos de nuestro tiempo. Los nuevos edificios rezumaban confianza y energía. Presentaban una simplicidad disciplinada y sin afectación, eran elegantes y ligeros. Aseados, sutiles, llenos de equilibrio y gracia.

Este fué nuestro gesto de confianza en la racionalidad, evocando un orden claro y sistemático.

Tuvimos que luchar contra la nostalgia de los mandarines, todo el tiempo, y vencimos.

Venceremos de nuevo, porque, a la larga, la verdad siempre triunfa, como bien sabe Gorbachov.



la historia está hecha por los hombres. Este es el lado activo de los empeños artísticos.

Pero reflejar la cara deforme y desagradable de la realidad no es el único cometido del arte.

Normalmente, el arte no se conforma con la descripción pasiva de lo existente, puesto que tiene siempre un sentido positivo, tanto si apoya vigorosamente las creencias dominantes como si se opone apasionadamente a los obstáculos que se presentan al avance y la innovación. Es precisamente en este sentido en el que puedo adoptar, modificándolo ligeramente, el enunciado de Clausewitz: "la arquitectura es tan sólo la continuación de la política por otros medios". Es aquí donde se unen las raíces comunes del arte y de la política social.

Cuando el hombre transforma la naturaleza se cambia también a sí mismo, para adaptarse a las nuevas condiciones creadas. La arquitectura es evidentemente una parte substancial del entorno humano, y está íntimamente involucrada en el proceso de transformación, y no sólo dando cuenta de los cambios en el conocimiento, sino también como una activa fuerza ideológica empeñada en moldear una civilización más sana a través de la expresión artística de los compromisos básicos del hombre.

A esto es a lo que llamo el COMPROMISO social del arte.

Si en el pasado el compromiso religioso de los arquitectos creó los severos acantilados de las catedrales, como espléndidos hitos en el camino a la eternidad, así el compromiso social de la arquitectura, visto en una perspectiva histórica, anuncia la cercanía inevitable de una nueva era basada en la RAZON, si la humanidad sobrevive.

Aunque pueda parecer sorprendente, esta alegre perspectiva no es bienvenida por la totalidad de nuestra sociedad. Como dice Bertolt Brecht "el avance más difícil parece ser el regreso a la Razón". ¿Por qué, entonces, retroceder desde la razón en favor de lo oscuro, opaco y carente de significado? ¿Cómo es que los artistas se consuelan y disfrutan presentando el mundo como una vasta imbecilidad inaccesible a la razón?.

En lugar de revelar las consecuencias peligrosas de la irracionalidad (Hitler insistía en que debíamos usar la sangre, no los cerebros) se la justifica afirmando que lo arbitrario, lo ilegible y lo opaco son características permanentes del destino humano frente a las cuales la razón es impotente.

La composición artística, en lugar de aparecer con precisión ordenada, deviene un kitsch espantoso, un saco de harapos de trucos barridos por las modas, y de estratagemas de marketing. Su objetivo es sorprender, confundir

3. Pingüinos ante la maqueta de la piscina



B. Lubetkin